

LA POPULAR



PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

AÑO II.

Orinuela 1.º de Mayo de 1884.

NÚMERO 25.

LA SANTA CRUZ APARECIDA EN ASPE.

Después de haberlo meditado bien, vamos á poner en conocimiento de nuestros lectores un suceso ocurrido en el inmediato pueblo de Aspe el día 18 del próximo pasado mes de Marzo; suceso que aunque ya es del dominio público en esta provincia, no lo ha sido aun de los periódicos que pudieran ponerlo en conocimiento de las demás.

Hélo aquí tal como nos lo ha referido persona que merece entero crédito.

El día 27 de Febrero último, tres padres Capuchinos de los que, expatriados de la vecina Francia residen entre nosotros, empezaron á dar unas misiones en Aspe, población de 1.400 vecinos, situada á cuatro leguas de la capital de esta provincia. Como era de esperar, el pueblo, que nunca es insensible á la voz de la verdad, á menos que alguna mano aviesa le aparte de ella, recibió con entusiasmo á los hijos de S. Francisco que, á imitación de su padre, y sin más equipaje que el palo y el breviario iban á llevársela envuelta entre los hermosos pliegues de la pobreza y del amor.

Cuando acabó la misión, que por cierto dió abundantísimo fruto, los celosos Capuchinos, siguiendo tradicional costumbre, quisieron dejar á sus nuevos hijos un recuerdo permanente de su visita. Y ¿qué mejor recuerdo podían dejarles que el de una Cruz, símbolo de su vida austera, plantada sobre una colina tan humilde como ellos? Eligiose el sitio, y ya iba á realizarse el inocente proyecto, cuando he aquí que surge una grave dificultad.

El lugar elegido era un terreno público; un terreno municipal y el municipio tenía escrúpulos. Tenía el escrúpulo de no permitir que, sin conocimiento de la autoridad superior de la provincia, se clavase una tosea Cruz de pino en un terreno de su administración.

Pero es el caso que si se acudía á la autoridad superior de la provincia, quizá llevada de escrúpulos administrativos análogos, hubiese tenido que formar el consabido expediente, al que se hubieran seguido los demás papelotazos marcados por las leyes, decretos, Reales órdenes, etc. etc.

En una palabra, que la Cruz no pudo plantarse en el sitio designado, y como es consiguiente hubo necesidad de buscar otro. No faltó por cierto, porque para poner cruces jamás faltan lugares. Un vecino lo ofreció gustoso, y el pueblo que apercibido de las dificultades con que tropezaba el proyecto, ardía ya en deseos de realizarlo, al momento que lo supo se lanzó como una avalancha sobre el terreno cedido, y con esa cordial espontaneidad que le caracteriza lo transformó inmediatamente como por encanto, plantó la Cruz y se dedicó después á abrir un espacioso camino para subir á ella.

Esto sucedía el día 16 de Marzo.

El cielo parecía recompensar aquella prueba de amor.

Al día siguiente de estos hechos, una benéfica lluvia, mucho tiempo esperada en vano, cayó sobre los campos de Aspe, asegurando una abundante cosecha.

Muy natural que en aquella lucha de amorosas dádivas no cediera el pueblo que tantas recibía de su Padre celestial, quien después de enviarle el pan del alma le enviaba también el alimento del cuerpo.

Las obras continuaron, y esas obras que como hijas de la fé hoy ya han trasladado un monte, (1) atraían á cada momento las gentes de todas partes. Unos trabajaban, otros oraban; los niños entonaban cánticos. Tal era el aspecto que ofrecía á cada momento el lugar en que la cruz se había colocado, y tal el que ofrecía también la tarde del 18 de Marzo último, que fué la en que ocurrió lo que vamos á referir.

Hacia una media hora que el sol se había hundido en el horizonte. Cerraban éste además algunas nubes espesas, dejando serena y despejada la parte superior del cielo, cuando repentinamente empezó á formarse en ella á la manera de un grueso tronco que con bastante rapidez se vió crecer y desarrollarse de bajo á arriba.

El primero que observó el fenómeno fué un eclesiástico, D. F. G., el cual se hallaba en aquel sitio, acompañado de su familia y de un abogado amigo suyo.

—¡Oh! qué cosa más rara... exclamó al ver aquella figura; si ese tronco tuviese crucero, diría que era la misma cruz del

La colina en que se levantó la Cruz á estas horas ha sido convertida en una espaciosa plataforma sobre la que vá á edificarse una Ermita y á construirse un viacrucis.

monte, (así habían empezado á llamar en el pueblo á la nueva Cruz.)

En efecto, el tronco que se había formado era tan parecido en sus dimensiones y en todos sus detalles al palo vertical de dicha Cruz que el eclesiástico no pudo menos de admirarse.

Pero aun se admiró más cuando observó que inmediatamente se formó el crucero y últimamente la cabeza de la Cruz.

La aparición era completa; el fenómeno rarísimo, tanto, que comprendiendo D. F. G. toda la trascendencia que luego había de tener su testimonio y la reserva que por otra parte le imponía su calidad de sacerdote, calló, se fijó bien en todos los detalles y solo para asegurarse de que no le engañaban sus sentidos, dirigiéndose á uno de los trabajadores llamado Pascual Cremades, le preguntó:

—¿Ves allí una Cruz?

—Si señor que la veo, exclamó el jornalero lleno de admiración.

Al mismo tiempo el abogado que acompañaba al Sacerdote, aproximándose á este, le hacía la misma pregunta.

Callemos, contestó el eclesiástico, dejemos que esta voz salga del pueblo.

Y, en efecto, la voz no se hizo esperar.

—¡La Cruz del monte! exclamaron los niños.

—¡La Cruz del monte! gritaron los trabajadores.

—¡La Cruz del monte! empezó á gritar todo el mundo, pasando de la admiración al temor y del temor al entusiasmo.

Ninguno decía: hé ahí una nube que parece una Cruz; ninguno decía: ¡ved qué cruz tan particular han formado las nubes! sino que unánimemente exclamaban todos, ¿qué es esto, Dios mío? ¿qué significa esa Cruz? esa es la Cruz del monte. ¿Qué haremos? ¿Qué debemos hacer?

Hagamos, digeron, lo que nos encargaron los misioneros; adorémosla como signo de nuestra redención.

Y más de cien personas, cayendo de rodillas, rezaron y adoraron con las lágrimas en los ojos aquella magestuosa Cruz que como suspendida en el cielo, parecía extender sus brazos para proteger al pueblo que la veneraba.

Así permaneció mucho tiempo; fija, inmóvil sobre el sereno azul del firmamento, con su tronco nudoso, reproducción exacta del de la Cruz clavada sobre la colina, y con su silueta recortada y perfecta que hacía imposible toda semejanza con las nubes que á lo lejos se agrupaban sobre el ocaso.

No aparecía como una figura vaporosa, dicen los testigos, sino como un objeto macizo que se hallase colgado en la atmósfera, á la altura del sol cuatro horas antes de ponerse.

¿Puede suponerse que fuera un espejismo?

Más ¿cómo pensar en espejismos, sin sol y sin la reproducción de otros objetos?

¿Sería una alucinación?

Pero ¿cómo suponer que se alucinasen más de cien personas á la vez?

¿Sería un capricho de las nubes?

Mas si era un capricho de las nubes, ¿cómo no había uno siquiera entre tanta gente que lo explicase así? Además, en este caso ¿á qué tanto sobresalto, tanto entusiasmo, tanto fervor? Y ¿cómo suponer por otra parte que pudiese una nube aparecer repentinamente en lo más despejado del cielo, formar sin previas figuras una Cruz erguida, perfecta y acabada, y desaparecer despues sin tomar otras formas sucesivas, y sin dejar en pos de sí ni siquiera el vestigio de una niebla? Y sin embargo así sucedió.

Cuando aquella multitud arrodillada hubo desahogado su fervoroso entusiasmo, la misteriosa figura desapareció del mismo modo que había aparecido, debilitando primero su color y dejando de mostrar sucesivamente su cabeza, sus brazos y su pié.

Ahora bien, ¿qué pensar de este fenómeno?

Nosotros no diremos lo que pensamos porque narramos hechos. Solo diremos lo que pensó el pueblo que pudo contemplar-

lo. Pienso que aquello era una aparición consoladora. Pensó que era una Cruz natural ó sobrenaturalmente formada, pero formada sin duda ninguna por la mano de Aquel que no queriendo dejar sin recompensa un solo vaso de agua dado en su nombre, mal podía dejar de recompensar el torrente de amor con que una población entera adoraba el simbolo de su pasión y de su muerte.

Yo sé que la crítica *ilustrada* dirá otra cosa muy distinta.

Mas ¿de qué sirve la crítica ante ciertos hechos que se imponen como tales haciendo inútiles los comentarios? El resultado total ¿dejará de ser siempre el mismo?

Una Cruz y un pueblo que la adora. ¿Para qué más?

¿No te parece, lector, que si este hecho lo realizaran todos los pueblos bastaría y sobraría por sí solo para transformar al mundo?

Demasiado debieron comprenderlo así los *ilustrados* patriotas de la vecina Francia cuando hace algunos meses se dieron tanta prisa á quitar las cruces de las escuelas, de los caminos y de todas partes.

Sin duda temerian que de seguir en pié se transformase algun día la paciencia á los nobles hijos de S. Luis y los lanzasen de las esteras gubernamentales que están ocupando para vergüenza de Europa.

Más concluyamos, volviendo al asunto.

Para ello haremos dos advertencias.

Primera; que los datos que han servido para esta reseña y que conservamos en nuestro poder, han sido recogidos expreso de boca de los testigos presenciales por personas ilustradas y fidedignas que están dispuestas como aquellos á facilitarlos á quien se las pidan. Y segunda: que cualesquiera que sean las polémicas que con este motivo se trate de promover con nosotros sobre este particular estamos resueltos (obedeciendo al propósito que hicimos al fundar este periódico) á no sostener ninguna.

Somos de los que creen que es lástima gastar colirios para curar á los que ya no tienen ojos.

000.

UN PILLUELO DE PARIS

—):(—

En una correspondencia de la capital de la vecina república, se cita este ejemplo de honradez, que por recaer en un pobre niño falto de todo, tiene algo de sublime.

No hace muchos días, á las once de la noche, al pasar por el Luxemburgo, un transeunte que andaba muy envuelto en su abrigo, echó de ver á un infeliz muchacho, de unos diez años, miserable, casi desnudo, tiritando de frío, con las manos en el bolsillo de su pantalón que le llegaba á las rodillas. Andaba medio encorvado, como suelen andar los infelices á quienes aflige una miseria irremediable.

—¿Qué haces á estas horas en la calle?—le preguntó el encapotado.

El muchacho se detiene, le mira con aire vagamente inquieto, y contesta:

—¿Acaso hago nada malo? Paso por aquí...

—¿Por qué no estás en tu casa? A estas horas todos los niños están ya acostados. ¿Qué dirán tus padres?

El chiquillo baja la cabeza, y murmura como avergonzado de su aflicción:

—¡No tengo padres!

—¡Como! dice el transeunte, cuya voz se dulcifica;—¿tú no tienes padre ni madre?

—Madre, si tengo; pero vive con un hombre que siempre la maltrata, y á mi como á ella. Mi padre murió hace tiempo de una fiebre maligna. Yo no quiero que este hombre me pegue; por esto me he marchado... Mi madre tolera que me maltrate; nunca me defiende... y me dejan morir de hambre... ¡Me aborrecen!...

—¿Y qué vas á hacer?

—Mañana por la mañana iré á buscar trabajo. Sé hacer cestos.

—Vamos, muchacho, es preciso que vuelvas á tu casa, si no te prenderán los agentes de la autoridad. ¿Dónde vives?

—Calle Campagne Premiere, al lado del carpintero...

—Toma; ahí tienes veinte sueldos. Esto impedirá que te golpeen. Por de pronto, vete aprisa hácia tu casa.

Dicho esto, el transeunte emprendió de nuevo su camino con paso rápido, y pronto desapareció en medio de la niebla.

Pero al cabo de pocos instantes oyó que alguien corría detrás de él. Una voz de niño gritaba:

—¡Caballero, caballero!

Detúvose un momento, volvió la vista, y vió que venía corriendo hácia él el pobre muchacho rendido de cansancio. Paróse éste, y quitándose la gorra que llevaba, le dijo con voz sofocada, mostrando al transeunte la moneda que de él había recibido.

—Caballero, usted se ha equivocado. La moneda que me ha dado no es de veinte sueldos, sino de veinte francos.

El encapotado inclinó su cabeza hácia el muchacho y consideró por un momento en silencio aquel rostro descarnado; pálido y triste.

—¡Bendito seas, hijo mío! Tu serás feliz porque tienes el corazón de los hombres honrados. Acabas de hacer una buena acción: mereces algo más que una limosna. Guarda esta moneda y vuelve con tu madre. No temas nada. Yo iré mañana á ver lo que puede hacerse para ti.

Anotó en una libreta el nombre y la dirección de aquel muchacho y prosiguió su camino.

El Pilluelo acababa de salvar á su familia.

LA LEYENDA DE LA CRUZ

Hé aquí una preciosa leyenda sobre el origen de la sagrada Cruz del Salvador que si carece de autoridad en cambio encierra un profundo pensamiento.

«Hallábase Adán en el ocaso de su vida decrepito y achacoso. Compadecido su hijo Set de sus padecimientos, llegóse á los lindes del paraíso terrenal, y pidió al ángel que lo guardaba un remedio eficaz para devolver la salud al padre de los hombres. Escuchóle el ángel con benevolencia, y entre una dulce sonrisa que lleno á Set de consoladoras esperanzas, dióle un ramo del árbol que había sido causa del pecado de Adán, diciéndole: «Cuando esta rama fructifique, sanará tu padre.»

«Lleno de inesplicable alegría volvió Set á su morada, mas ¡oh! que con terrible angustia halló muerto á su anciano padre, y cayendo desalentado de rodillas junto á él, repetía estremecido: «¡El ángel me ha engañado! ¡Maldecida para siempre está nuestra raza!» Y prorrumpiendo en amarguissimos sollozos que le robaron la voz, se agitaba con dolorosas convulsiones junto al yerto tronco de Adán, que besaba delirante entre los amorosos trasportes de su ternura filial.

«Música agradabilísima fueron para el ángel del Señor los tiernos gemidos del buen Set, y no tardó en derramar en su alma lacerada bálsamo cicatrizador.

«¿Por que dudas de las promesas del Señor? le dijo. El cuerpo de Adán ha vuelto á la tierra de que fue formado; pero el espíritu que Dios le dió debe volver al seno del Altísimo. Este espíritu está condenado á un largo destierro lejos del cielo, en castigo de su pecado; mas cuando florezca el ramo del sacro bosque, cerca estará el día del perdón, y la muerte restituirá su presa. Planta, pues, el ramo en la sepultura de Adán, y conserva para ti la esperanza.»

«Extasiado vió Set desaparecer al ángel por entre el diáfano firmamento, y más animoso por sus gratas promesas, cumplió con sus órdenes dando sepultura al tronco frío de su muerto padre. Y después de regar con ardientes lágrimas la tierra que le cubría, plantó sobre la huesa la rama del Paraíso, muriendo colmado de dichosos días, pues había seguido la senda de la piedad.

«Cuentan que el ramo del Eden creció con lentitud de siglo en siglo, y que era un árbol grandioso cuando Salomón edificó el templo del verdadero Dios en la Santa ciudad de Jerusalem. Pero nunca este árbol fructificaba.

«Viendo el hijo de David aquel gigantesco vegetal, más copudo que los cedros seculares del Libano, más alto que las palmeras de Idumea, y de una especie desconocida en el suelo de Judea, mandó derribarlo y que lo empleasen en la fábrica del templo. Pero aconteció que los obreros, después de labrar con el hacha su magnífico tronco, no le pudieron utilizar para nada, pues á cada momento parecía que el árbol misterioso se alargaba ó acortaba para burlar los cálculos de los arquitectos. Asombrados de tal portento, los judíos temieron haber pecado al despojar el sepulcro del primer hombre de su antiguo ornamento, y

respetuosamente colocaron en el recinto del templo aquella venerable reliquia de la primera edad de la creación.

«No pasado mucho tiempo, en la plenitud de su gloria, recibió Salomón la visita de la reina de Saba, ésta subió al templo para adorar al Dios de Israel, y al ver el tronco adámico que yacía en un portico del primer recinto, y cuya historia le era desconocida, inspirada por el cielo, se prosternó ante él, permaneciendo estasiada un largo espacio.

«Interrogada por Salomón que asombrado la contemplaba, le respondió:

—«Tu sabiduría excede á la mía porque eres el favorecido del Eterno, más Él que todo lo ha creado, distribuye á su arbitrio los rayos de luz que despide su faz. Escucha, pues, ¡oh rey! lo que el Omnipotente me revela: un día vendrá en que este leño sirva para la elevación de un enviado del cielo, cuya muerte acarreará la ruina de Israel.»

«Conturbáronse los hebreos al escuchar tales palabras: consultó luego Salomón al Santo de los Santos, y no obteniendo respuesta, temeroso de ofender á Dios abandonando á las discusiones del pueblo el signo á que se refería un presagio extraño á las profecías nacionales, mandó cavar una honda zanja, donde fué enterrado y olvidado el fatal tronco.

«Andando el tiempo construyóse en aquel sitio, ó sea entre la puerta del Valle y el templo, la alberca llamada en el Evangelio Piscina Probática, cuyas aguas movidas por un ángel cada año devolvían la salud á los enfermos que se bañaban antes que ellas se sosegaban.

«Y finalmente dice la leyenda, que al acercarse la muerte de Jesucristo, apareció de repente el tronco adámico sobrenadando en las aguas de la piscina, y los judíos, sin acordarse de lo que profetizó la reina de Saba, lo sacaron para labrar apresuradamente la cruz del divino sentenciado.

Algunas horas después se cumplía puntualmente la profecía del ángel del paraíso.

Adán y su descendencia sanaban con el primer fruto del árbol misterioso.

RAFAEL.

VARIEDADES.

ETERNAS VERDADES.

SONETO.

Yo, ¿para qué nací? ¿por qué motivo
Me sacó del no ser la providencia?
¿Cuál será la razón de mi existencia?
¿Para qué vine al mundo? ¿Por qué vivo?
¿Acaso vine á él á ser cautivo
De una torpe brutal concupiscencia?
¿O entre el fausto, el honor y la opulencia
A ser un Epulón rico y altivo?
¿Vine á ser gran Señor, ó ilustre Dama,
Capaz por mi esplendor de eternizarme
En el templo plausible de la fama?
Si no quiero esta vez lisonjearme,
El alma misma me responde y clama:
Vine á servir á Dios, vine á salvarme.

FRANCISCO JOSÉ LOZANO.

PELEA, SUFRE, ORA

(FRAGMENTO)

El sufrimiento forma los grandes caracteres, las almas de temple. Un viajero á quien arredra la idea del cansancio no hará cosa derecha; un soldado que no puede soportar fatigas, no vale para nada; un comerciante que no acostumbra á vencer obstáculos, no hace negocio.

El sufrimiento agranda el alma.

El cristiano es un viajero que camina hácia la eternidad; un soldado comprometido á defender la bandera de Cristo; un negociante á quien importa hallar la preciosa margarita, la salvación de su alma, y adquirirla á toda costa.

Y para andar con fruto, para pelear con éxito, para rebuscar con acierto, precisa tener hábitos de sufrimiento, no de holganza; hay que saber padecer con constancia, no desmayar y dejar sin buen remate la obra comenzada.

Ciertamente, el sufrir es lo más conveniente al hombre; si hubiese habido camino mejor que el camino de la Santa Cruz, ya nos lo hubiera enseñado, Jesu-Cristo, Maestro divino y modelo perfecto.

Un corazón que soporta con serenidad los golpes adversos, las pruebas dolorosas, subyuga y se impone a todo. Es como robusto árbol a quien furioso huracán no puede echar por los suelos.

Rudos son los tiempos que hemos alcanzado; dura la corriente de ideas y costumbres en que estamos envueltos. Dejarse arrastrar es cosa fácil, descansada en cierto modo. Bregar y esforzarse para ir agua arriba, es más penoso; trepar hacia la cumbre, causa fatiga.

Y a la postre ha de optar por lo alto ó por lo bajo, por la corona de rosas ó por la de espinas

Más claro.

Hoy como siempre las dos banderas están desplegadas; los dos ejércitos contrarios están en pié de guerra; mejor dicho, en pleno combate. Cristo y Lucifer se disputan el imperio de los pueblos y de las familias, el imperio en el corazón de cada uno de los hombres.

Preciso es decidirse.

Alza los ojos, cristiano; levanta tu corazón.

Pelea, sufre, ora.

S. F. DE E. PÉRO.

(Boletín Mensual del Corazón de María.)

UN CASTIGO ORIGINAL.

El duque Carlos Guillermo de Brunswik, que vivía hace sesenta y ocho años, daba mucha importancia a la estricta observancia de las fiestas y domingos.

Supo un día que los labradores de un pueblecito tenían la mala costumbre de reunirse durante el oficio divino en una taberna, donde, bebiendo, mataban el tiempo que debían consagrar oyendo el sermón. En vano los sacerdotes y las autoridades clamaban contra este abuso: los bebedores continuaban en su mala inclinación.

El duque, vestido con un viejo levitón y abrochado hasta arriba, se dirigió una mañana a dicha taberna. Doblaban las campanas en el templo llamando a los fieles cuando se presenta la *banda de mosquitos* precedida de un personaje ancho y *de peso*, y que por su nariz rubicunda y su cara iluminada manifestaba ser el presidente de aquella alegre sociedad.

Siéntase al extremo de la mesa y manda tomar asiento a su lado al duque sin decir palabra, no sin echarle por eso una mirada de través, como quien recela del nuevo convidado, al cual nadie recuerda haber visto en la taberna. Sin embargo, el tabernero pone delante del presidente un enorme cántaro de aguardiente. Este lo toma con ambas manos, bebe una buena dosis y lo presenta al duque diciendo: *pasa esto a vecino.*

El cántaro, pues, da la vuelta por toda la mesa. llega de nuevo al presidente, quien despues de darle un beso afectuoso lo remite otra vez al duque, circulando con la misma rapidez. Cada convidado lo abraza sucesivamente con felicidad y lo suelta diciendo: *pasa esto a tu vecino.*

A la tercera vuelta del famoso cántaro se levanta el duque con furor, desabrocha su levita, y dejando ver a todos su uniforme bien conocido y sus insignias de soberano, dá con todas sus fuerzas un solemne bofetón al presidente parodiando su frase: *pasa esto a tu vecino*; y como este titubease, saca el duque la espada y grita: "Si alguno de vosotros dá con demasiada compasión y calma, que tiemble... porque sabré hacerle buena justicia y pronto."

A esta amenaza se levantan brazos. llueven bofetadas de uno a otro extremo de la mesa, cinco ó seis veces consecutivas con la velocidad del rayo y con el estruendo de una tronada, hasta que al fin satisfecho el príncipe con este singular castigo que daba a aquella pandilla de bebedores, los deja en paz.

Y cuentan que el domingo siguiente ninguno de ellos tuvo tentación de entrar en la taberna.

YA ERA HORA.

Los comerciantes de tejidos de esta ciudad han acordado por unanimidad cerrar sus establecimientos los domingos.

Lo aplaudimos pero sentimos que el acuerdo no se haya hecho extensivo a todos los días festivos de precepto siendo tan pocos y tan señalados los que ha dejado la Iglesia.

No dudamos que pronto se remediará esta falta y que las demás comerciantes imitarán la digna conducta de sus compañeros, en este punto tan relacionado con el progreso moral y material de los pueblos.

MÁXIMAS Y CONSEJOS

Pon el alma en Dios, el amor en la familia y las manos en el trabajo, y habrás resuelto antes que muchos sábios el problema de tu felicidad.

Si quieres gozar de salud, antes de curar tu cuerpo, empieza por curar tu alma.

000

EL UNO Y EL DOS.

(FÁBULA.)

Graves Autores contaron,
Que en el país de los Ceros
El Uno y el Dos entraron;
Y desde luego trataron
De medrar y hacer dineros.

Pronto el Uno hizo cosecha;
Pues a los Ceros honraba
Con amistad muy estrecha,
Y, dándoles la derecha,
Así el valor aumentaba.

Pero el Dos tiene otra cuerda:
¡Todo es orgullo maldito!
Y con táctica tan lerda,
Los Ceros pone á la izquierda,
Y así no medraba un pito.

En suma, el humilde Uno
Llegó á hacerse millonario;
Mientras el Dos importuno,
Por su orgullo cual ninguno,
No pasó de un perdulario.

Luego ved con maravilla
En esta fábula ascética,
Que el que se baja, más brilla,
Y el que se exalta, se humilla
Hasta en la misma Aritmética.

(Fábulas ascéticas.)

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentandola bajo formas amenas y ligeras para que se propague mas fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción dá derecho a recibir cien ejemplares de cada número, ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros. Es pues una verdadera obra de caridad al alcance de todo católico celoso, que tenga interés en contrariar por su parte a contrarrestar la perniciosa influencia que hoy está ejerciendo el periodismo impio y escandaloso entre las clases mas pobres, y por tanto mas necesitadas, de la luz y de la verdad.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN DIRECTA.

	Península.	América.
Una acción.	4 pesetas mensuales.	5
Media id.	2	2 50
Un cuarto id.	1	1 25
Un octavo id.	50 cént.	

Por medio de correspondencia 25 cént. de peseta más por acción.

Se suscribe en la dirección de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En la de la Semana Católica, Villanueva, 5, bajo; y en todas las librerías católicas de la Península y Ultramar.

NOTA.—La administración no puede encargarse de distribuir las acciones número por número, sino a lo sumo de remitirlas divididas en octavos a los centros ó personas que indiquen los suscritores.

Imprenta de Cornelio Pavá, calle Mayor, 37.